



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Serie de monografías y ensayos
Número 17



**Lo que los militares pueden
aportar a la educación
«Servir para aprender a ser libres»**

Enric Mallorquí-Ruscalleda

Junio de 2026



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Serie de monografías y ensayos
Número 17

**Lo que los militares pueden
aportar a la educación
«Servir para aprender a ser libres»**

Enric Mallorquí-Ruscalleda
Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Índice de contenido

Resumen.....	i
<i>Abstract</i>	ii
Sobre el autor.....	iii
Introducción.....	1
La fiabilidad y el <i>ethos</i> castrense.....	2
El servicio como entrega a un bien superior	4
El orden simbólico de la terceridad, el sentido del deber	5
La función educativa de las Fuerzas Armadas	8
Dimensión ejemplar del militar como pedagogía	12
La cultura militar basada en valores de la sociedad	14
El ámbito holístico de la defensa.....	15
El sistema educativo español y la formación del ciudadano	17
El impacto de la suspensión del servicio militar	18
Que ofrecen los militares a la educación	20
Bibliografía	21

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad de los autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

Lo que los militares pueden aportar a la educación «Servir para aprender a ser libres»

Enric Mallorquí-Ruscalleda
Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Resumen

Los militares españoles ofrecen a la educación una reserva de virtudes públicas que sería absurdo despreciar. La disciplina entendida como libertad interior y compromiso personal, el liderazgo concebido como ejemplaridad y responsabilidad, la obediencia vivida como lealtad al derecho, el sacrificio asumido como forma sobria de entrega, la preparación comprendida como respeto a la vida, el espíritu de cuerpo convertido en cuidado del compañero, el servicio elevado a arquitectura moral de la ciudadanía y el aprendizaje permanente entendido como mejora continua del juicio, del cuerpo, de la técnica y del carácter componen una gramática formativa de enorme valor.

El ensayo transcurre entre la fiabilidad, como valor que descubre y destaca el autor, el valor del ethos castrense, el orden simbólico del deber, la dimensión ejemplar como pedagogía, el sistema educativo y la formación del ciudadano y lo que ofrecen los militares a la educación.

Palabras clave

Educación, valores militares, formación de ciudadanos, ejemplaridad, pedagogía.

Abstract

The Spanish military offers education a wealth of public virtues that it would be absurd to disregard. Discipline understood as inner freedom and personal commitment, leadership conceived as exemplary conduct and responsibility, obedience lived as loyalty to the law, sacrifice embraced as a sober form of dedication, preparation understood as respect for life, esprit de corps transformed into care for one's comrade, service elevated to the moral framework of citizenship, and lifelong learning understood as the continuous improvement of judgment, physical ability, technique, and character all these comprise a formative framework of enormous value.

The essay explores reliability, a value the author discovers and emphasizes, the value of the military ethos, the symbolic order of duty, the exemplary dimension as a pedagogy, the educational system and the formation of the citizen, and what the military offers to education.

Key words

Education, military values, citizen training, exemplary conduct, pedagogy.

Sobre el autor

Enric Mallorquí-Ruscalleda

Enric Mallorquí-Ruscalleda es doctor por la Universidad de Princeton en Estados Unidos y por la Universidad de Málaga, y doctorando en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid; es jurista, humanista, profesor universitario, consultor internacional y académico correspondiente de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares adscrito a la Sección de Pensamiento Moral y Legislación Militar.

Lo que los militares pueden aportar a la educación

«Servir para aprender a ser libres»

Introducción

Leyendo en *Actualidad Económica* el artículo de Ángel Peña, *El soldado le aporta a la empresa privada más valor del que se le supone*, publicado el 2 de mayo de 2026 y dedicado a la presencia creciente de militares en la reserva en consejos, juntas directivas y posiciones de liderazgo empresarial, y aproximándome, al mismo tiempo, al magnífico texto del académico general Luis Feliu Bernárdez, *El Servicio Militar en España y en Europa en 2026*, publicado en el *Boletín de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares* de mayo de 2026, se me ocurrió que ambas reflexiones podían iluminar una cuestión educativa de primer orden.

Ángel Peña muestra hasta qué punto la empresa privada empieza a reconocer en los militares una reserva de liderazgo, compromiso, responsabilidad, confianza, trabajo en equipo, planificación y serenidad bajo presión. Luis Feliu, por su parte, recorre con precisión histórica la evolución del servicio militar en España y Europa, desde los orígenes modernos del reclutamiento hasta los debates actuales sobre su eventual recuperación, situando esa discusión en un horizonte donde pesan la cohesión social, la confianza institucional, la identidad compartida, las capacidades tecnológicas y la preparación profesional. Leídos en continuidad, ambos textos permiten formular una pregunta cuya relevancia excede el mundo empresarial y el debate estrictamente castrense, porque afecta al modo en que una sociedad educa el carácter, la fiabilidad, el servicio y el vínculo con lo común, con la comunidad, y porque invita a pensar qué pueden aportar los militares a la formación de

ciudadanos más serenos, más preparados y más conscientes de sus responsabilidades compartidas.

A partir de ahí, la reflexión se ensancha al advertir que el valor directivo del militar retirado, nacido de su dilatada experiencia en el ejercicio de la responsabilidad, del mando, de la gestión de recursos, de la evaluación del riesgo y de la toma de decisiones en escenarios de alta exigencia bajo presión, puede proyectarse también sobre el ámbito educativo, donde la escuela contemporánea, tan habituada a hablar de competencias blandas, liderazgo, resiliencia y aprendizaje permanente, hallaría una interlocución fecunda con una de las tradiciones institucionales que ha trabajado esas virtudes con más continuidad, más rigor y más contacto con la realidad. Allí donde la empresa descubre valor organizativo y el debate sobre el servicio militar revela una preocupación por la cohesión nacional, la confianza, la preparación técnica y la identidad común, la educación encuentra un punto de partida privilegiado para pensar la formación del carácter en una época de vínculos frágiles.

La cuestión merece una formulación serena. Una parte de la cultura española ha mantenido, por razones históricas, cierta distancia simbólica ante la presencia del militar en espacios educativos. La memoria de la antigua prestación militar, los debates sobre objeción de conciencia, la insumisión y las tensiones propias de la transición hacia unas Fuerzas Armadas plenamente profesionales forman parte de ese trasfondo. La escena de Ada Colau comunicando a dos mandos militares, durante la inauguración del Saló de l'Ensenyament de Barcelona en 2016, que el Ayuntamiento prefería separar los espacios, condensó esa sensibilidad. Las protestas posteriores contra el stand de los Centros Universitarios de la Defensa en el mismo salón confirmaron que el debate seguía abierto, como si España necesitara todavía un lenguaje más sereno, más justo y más maduro para pensar la relación entre educación, seguridad, defensa y servicio.

La fiabilidad y el *ethos* castrense

Lo que a veces se percibe como anomalía puede leerse también como oportunidad pedagógica. Explicar a los jóvenes qué son las Fuerzas Armadas en una democracia constitucional, qué valores transmiten, qué vidas de servicio forman, qué virtudes custodian y qué vínculo pueden sostener con la sociedad civil enriquecería una educación demasiado acostumbrada a hablar de valores en abstracto y menos dispuesta a mostrar las instituciones que los encarnan bajo condiciones de exigencia real. Una feria educativa donde se presentan universidades, escuelas técnicas, salidas sanitarias, itinerarios científicos o

proyectos internacionales puede acoger también una conversación rigurosa sobre defensa, derecho internacional humanitario, protección civil y cultura del servicio y además ofrece una alternativa de servicio donde el objetivo es un «bien público inseparable del bienestar y el progreso, la seguridad y defensa». Los servidores de ese bien público tienen mucho que mostrar y que despejar y desechar una sociedad anquilosada en estereotipos.

La célebre imagen de la modernidad líquida, formulada por Bauman en *Liquid Modernity* (2000), permite nombrar una mutación que afecta directa y precisamente al ámbito escolar. Vivimos en una época de vínculos más reversibles, instituciones más frágiles, trayectorias más discontinuas, identidades más expuestas a la mirada ajena y horizontes morales sometidos a una movilidad casi permanente, moralidad de horizontes deslizantes podríamos decir. La educación, en ese contexto, corre el riesgo de convertirse en una administración de adaptaciones sucesivas, una pedagogía de la flexibilidad que enseña a moverse con rapidez y apenas enseña a permanecer. Se habla mucho de creatividad, autonomía, resiliencia, ciudadanía global y pensamiento crítico. La palabra más necesaria, con todo, quizá sea otra, menos vistosa y más exigente, fiabilidad.

Convertirse en alguien fiable, de confianza, significa llegar a tiempo, sostener la palabra dada, gobernar la reacción inmediata, cuidar el vínculo, responder por la tarea asumida y permanecer allí donde la comodidad aconsejaría retirarse. La fiabilidad es una virtud silenciosa, carece de brillo espectacular y sostiene la vida común con más eficacia que muchas declaraciones solemnes. La necesitan en una familia, un hospital, un juzgado, un aula, una empresa, una comunidad golpeada por una inundación y un país sometido a una crisis de confianza. Allí donde la vida de otros depende de una presencia estable, la fiabilidad deja de ser cualidad privada y se convierte en virtud pública, la fiabilidad es credibilidad, es consistencia.

El *ethos* castrense constitucional conoce bien esa virtud, aunque rara vez la convierta en consigna, porque la forma lentamente en hábitos, la encarna en rutinas, instrucción, adiestramiento, entrenamiento, servicios, misiones operativas y responsabilidades, y la somete a una pedagogía que desborda la mera transmisión de información sobre una profesión para enseñar algo más hondo: «la transformación de la intención en conducta y de la conducta en carácter».

Allí donde buena parte del lenguaje educativo contemporáneo invoca valores con una facilidad que a veces los vuelve livianos, o simplemente se llama valores a lo que no son desnaturalizando los verdaderos, la tradición militar recuerda que toda virtud pública necesita repetición, exigencia, ejemplo y prueba de servicio, de modo que la puntualidad abandona el territorio de la cortesía, la disciplina pierde su

aparición de severidad para convertirse en gobierno de sí, ya que la mayor disciplina es la que surge de uno mismo y no es impuesta, la lealtad adquiere una densidad superior a la emoción noble y el compañerismo se verifica cuando alguien ocupa su puesto, protege al débil, no le deja atrás y responde por el otro.

El servicio como entrega a un bien superior

Una escuela que aspire a formar ciudadanos completos puede aprender de esa arquitectura desde su propia identidad civil, del mismo modo que las facultades de Educación, encargadas de preparar a quienes habrán de orientar a las nuevas generaciones, podrían hallar en la tradición y cultura militar una pedagogía del carácter que complementa con extraordinaria fuerza la reflexión didáctica, psicológica y social sobre el aprendizaje. La medicina enseña la vocación de cuidado ante la fragilidad del cuerpo; la judicatura, el respeto al procedimiento cuando la decisión afecta a la vida común; la investigación científica, la paciencia ante la prueba y la humildad ante la evidencia; la Iglesia, en su tradición más alta, el servicio como entrega a una realidad trascendente; las Fuerzas Armadas, por su parte, ofrecen una disciplina rigurosa de disponibilidad, de servicio, de temple, de la cooperación bajo presión, de la obediencia legítima, del liderazgo responsable y de la serenidad ante situaciones donde el error, la demora o la improvisación pueden comprometer bienes esenciales, como la vida de los compañeros.

Ese legado resulta valioso para médicos que deben conservar la lucidez en una guardia crítica, para jueces y abogados llamados a sostener el juicio en medio de tensiones públicas, para investigadores que necesitan disciplina metódica, para docentes que han de gobernar el aula con autoridad serena y para quienes se preparan a ejercer el magisterio, dado que educar implica también enseñar a responder, perseverar, cuidar, decidir y ponerse al servicio de algo mayor que la preferencia inmediata. En el fondo, la enseñanza militar más alta consiste en mostrar una forma de vida donde el yo se educa para hacerse disponible a una misión que lo excede, que está por encima de todo lo demás y esa orientación hacia el deber posee una actualidad profunda en sociedades que han multiplicado la elección individual y han debilitado los lenguajes comunes de obligación y de deber. Se habla mucho en la sociedad de derechos, pero apenas nada de deberes, sin embargo, en la milicia el deber es algo intrínseco.

La tradición religiosa permite aquí una analogía iluminadora, siempre que se formule con precisión. En la ligera y sintomática comedia de Carlo Vanzina, *Vacanze in America* (1984), Don Buro, el joven fraile interpretado por un brillante Christian De Sica, guía a estudiantes de la escuela religiosa San Crispino durante

un viaje a Estados Unidos, tratando de sostener autoridad, cuidado y orientación moral en medio de una juventud ruidosa, dispersa y difícil de gobernar. Bajo la superficie cómica aparece una intuición seria, dado que algunas instituciones educan porque enseñan a servir una instancia mayor que el deseo inmediato. La Iglesia orienta esa disponibilidad hacia Dios y hacia el prójimo, mientras la milicia la orienta hacia algo intangible como la patria, entendida como sentimiento de comunidad heredada, protegida y transmitida. La propia palabra patria conserva una densidad antigua que conviene recordar, pues remite al latín *pater, patris*, al padre, a la casa recibida, a la continuidad de una comunidad que precede al individuo y le entrega una lengua, una memoria, una protección y una responsabilidad. De ahí que lemas tan conocidos como «Todo por la patria» o «A España servir hasta morir», que son sinónimos, concentren, con una severidad casi lapidaria, una ética de entrega donde la vida personal se ordena hacia una pertenencia común, hacia una deuda recibida y hacia una promesa de custodia y de transmisión. Servir a Dios, servir al enfermo, servir a la justicia, servir al conocimiento, servir a la patria, servir al alumno o servir al ciudadano en una catástrofe pertenecen a órdenes distintos y comparten una intuición formativa, según la cual la vida adquiere forma cuando encuentra una responsabilidad que la llama más allá de sí misma.

El orden simbólico de la terceridad, el sentido del deber

La educación contemporánea afronta, además, algo más hondo que una crisis de métodos, contenidos o competencias. Podría hablarse de una clínica social del sujeto. Muchos jóvenes llegan al aula atravesados por una fragilidad vincular que excede el fracaso escolar, la distracción digital o la ansiedad de rendimiento y el temor al fracaso. Viven dentro de una cultura que promete autonomía ilimitada mientras debilita las mediaciones que permiten sostenerla, una cultura que multiplica voces, imágenes y estímulos mientras empobrece la experiencia de pertenecer a algo estable, una cultura que exalta la singularidad y, al mismo tiempo, deja al individuo demasiado solo ante la tarea de inventarse sin descanso. Desde esta perspectiva, la pregunta por los militares y la educación adquiere una hondura inesperada, porque la cultura militar ofrece una respuesta institucional a una necesidad psíquica y social elemental. El sujeto necesita vínculo, límite, reconocimiento, rito, misión y pertenencia.

El psicoanálisis cultural permite precisar esta intuición. Freud, en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), comprendió que el individuo se constituye dentro de identificaciones colectivas, figuras de autoridad, ideales compartidos y vínculos libidinales que orientan la pertenencia. Años después, en el lúcido y sombrío *El*

malestar en la cultura (1930), pensaría la civilización como una obra de renuncia, sublimación y regulación del impulso, una construcción frágil que convierte la fuerza pulsional en convivencia posible. Desde esa lectura, la institución militar democrática puede verse como una de las formas donde la energía corporal, el miedo, la rivalidad, la necesidad de reconocimiento y la intensidad afectiva reciben cauce, límite y finalidad pública. Frankl, desde la logoterapia y la llamada tercera escuela vienesa de psicoterapia, añadiría una dimensión decisiva al recordar, en *El hombre en busca de sentido* (1946), que el ser humano madura cuando descubre una orientación capaz de sacarlo de la clausura del yo y proyectarlo hacia una tarea, una persona amada, una responsabilidad o una causa digna de entrega. En esa clave, el servicio militar entendido en su forma constitucional y humanamente más alta ofrece una pedagogía del vivir para, del vivir por y del vivir hacia, porque enseña que la existencia alcanza espesor cuando la libertad se encarna en una misión compartida.

La resonancia heideggeriana resulta aquí fecunda, ya que el *Dasein*, arrojado al mundo y abierto a sus posibilidades, se comprende a sí mismo al proyectarse hacia aquello de lo que se hace cargo. La empresa humana de salvación, tomada en sentido existencial, consiste entonces en salir de la mera inmediatez para llegar a una forma de presencia responsable, donde el sentido se concreta a través del servicio. Ese sentido, además, se vuelve comunidad cuando deja de ser orientación subjetiva y se transforma en vínculo compartido. Esposito, en *Communitas* (1998), recordó que la comunidad puede pensarse desde el *munus*, entendido como don, carga, deber y obligación recíproca, de modo que lo común aparece menos como propiedad poseída que como deuda asumida, tarea recibida y exposición del individuo a aquello que lo vincula con otros. La tradición cristiana había intuido algo semejante en la idea de *communio*, cuya forma sacramental más alta se expresa en la Eucaristía, donde la comunidad se reconoce alrededor de un cuerpo compartido, una acción de gracias, una entrega y una memoria que convoca a quienes participan de ella a vivir más allá de la autosuficiencia. Trasladada al ámbito cívico, esa intuición permite comprender mejor la dignidad del servicio militar, porque servir a la patria significa aceptar un *munus* común, recibir una herencia, custodiar una comunidad concreta y devolver, en forma de protección, disciplina, disponibilidad y sacrificio, aquello que uno ha recibido como lengua, historia, derecho, seguridad y pertenencia.

La cultura barroca conoció con extraordinaria finura esa necesidad de hacer visible lo invisible. En los autos sacramentales de Calderón, desde *El gran teatro del mundo* hasta *La cena del rey Baltasar*, la doctrina se volvía figura, procesión, alegoría, música, cuerpo y espectáculo, de manera que una comunidad entera podía contemplar, reunida en torno a una escena pública, aquello que la

abstracción teológica habría dejado reservado al concepto. La virtud necesitaba aparición. El misterio reclamaba forma sensible. La verdad común se hacía memorable al encarnarse en acción, palabra, gesto y rito. Algo semejante, trasladado a una cultura secular y multitudinaria, ocurre en el fútbol cuando se lo entiende en su dimensión antropológica más alta, como ceremonia civil donde una comunidad se reconoce en colores, escudos, cantos, memoria compartida, lealtad, sacrificio, disciplina colectiva y pertenencia emocional. Allí donde el estadio reúne, ordena, conmueve y simboliza, aparece una gramática espectacular del vínculo que recuerda hasta qué punto las sociedades necesitan verse a sí mismas actuando para saber qué aman, qué protegen y qué desean transmitir.

La enseñanza lacaniana permite añadir otra capa. Lacan, en *Escritos* (1966) y en el amplio arco de sus seminarios, pensó al sujeto como efecto de un orden simbólico que lo saca de la pura inmediatez imaginaria, de la rivalidad especular y de la captura narcisista. En esa clave, la tradición militar funciona como pedagogía de la *terceridad*, es decir el orden simbólico que interviene para modificar una relación binaria entre dos en una experiencia estructurada y con sentido. «Entre el deseo individual y la acción aparece la norma, entre la emoción y la respuesta aparece el procedimiento, entre el miedo y la huida aparece la misión, entre el yo y el otro aparece el deber». Esa mediación resulta esencial en una época donde tantas subjetividades viven expuestas a la reacción inmediata, al juicio instantáneo y a la seducción del ruido. La ley, cuando se halla legitimada por una comunidad democrática, introduce una forma que permite habitar el mundo desde una libertad más madura.

La vida de los grupos, pensada por Bion en *Experiences in Groups* (1961), añade un matiz decisivo. Toda colectividad puede oscilar entre cooperación madura y estados emocionales primarios, necesitados de conducción, tarea y contención. Una institución bien formada educa al grupo para pasar de la masa emocional al equipo de trabajo, de la descarga afectiva a la tarea, del contagio del miedo a la coordinación responsable. Pocas culturas institucionales conocen con tanta intensidad ese tránsito como la militar. Bajo presión, un grupo necesita mando legítimo, confianza recíproca, distribución clara de funciones, propósito compartido y capacidad de contener la ansiedad colectiva. Esa enseñanza vale para un aula, un hospital, un juzgado, una familia, una empresa, una comunidad golpeada por una catástrofe o una sociedad intoxicada por desinformación. Las misiones militares de auxilio participan de esa misma lógica ejemplar, aunque con una gravedad ética incomparablemente más directa, porque en ellas la representación cede el paso al acto y el símbolo se vuelve servicio efectivo. Un soldado que evacúa, un médico militar que recibe a un enfermo, una unidad que ordena el caos de una catástrofe, un avión del Ejército que traslada a ciudadanos vulnerables y

una cadena de mando que convierte el miedo en procedimiento componen una escena de enseñanza pública donde la comunidad contempla sus mejores virtudes en acción. A través de esas imágenes, la educación encuentra algo que ninguna definición abstracta puede suplir por completo, la virtud hecha presencia, el deber convertido en gesto y la pertenencia transfigurada en servicio.

Desde otra sensibilidad, Winnicott permite pensar la educación como creación de un espacio suficientemente seguro para que el sujeto madure. *The Maturational Processes and the Facilitating Environment* (1965) ayuda a comprender que toda formación del carácter requiere un entorno que sostenga, limite y acompañe. La mejor cultura militar ofrece algo análogo en su registro propio, un continente institucional donde el individuo aprende a soportar frustración, confiar en otros, reconocer una autoridad funcional, tolerar la espera, transformar angustia en acción y descubrir que la dependencia recíproca vuelve habitable la libertad. Kaës, en *Le groupe et le sujet du groupe* (1993), al pensar los vínculos, las alianzas inconscientes y los aparatos psíquicos grupales, permite llevar esta idea al terreno de la clínica social. El sujeto se constituye en tramas, pactos, herencias, lealtades y narrativas compartidas. La vida militar trabaja precisamente sobre la fabricación de un vínculo operativo y simbólico, donde cada uno ocupa un lugar, cada uno sostiene a otros y cada misión confirma que la persona madura dentro de una red de confianza.

La función educativa de las Fuerzas Armadas

Desde esta perspectiva, la función educativa de las Fuerzas Armadas puede comprenderse como una pedagogía social del vínculo, porque allí donde la fragmentación contemporánea disgrega pertenencias, debilita confianzas y entrega al individuo a una intemperie cada vez más solitaria, la tradición castrense constitucional conserva una gramática práctica de cohesión, responsabilidad compartida y presencia fiable. En un ecosistema informativo atravesado por rumores, impulsos virales y sospechas recíprocas, la cadena de mando enseña que la confianza requiere procedencia, verificación y responsabilidad identificable; en una cultura inclinada a convertir el yo en medida primera de toda experiencia, la misión compartida recuerda que la madurez comienza cuando la libertad acepta una tarea común; en tiempos de ansiedad colectiva, el procedimiento, la disciplina y la serenidad permiten transformar el miedo en acción ordenada. De ahí que el militar pueda aparecer ante la escuela como una figura de fiabilidad, formada para permanecer, responder, sostener a otros y preservar el vínculo social cuando la presión de los acontecimientos amenaza con deshacerlo.

El marco institucional español refuerza esa lectura con una claridad que posee indudable valor pedagógico. El sistema de Centros Universitarios de la Defensa, regulado por el Real Decreto 1723/2008, integra enseñanzas universitarias oficiales relacionadas con las necesidades de la defensa nacional y con el ejercicio profesional en las Fuerzas Armadas mediante su adscripción a universidades públicas, mientras las Reales Ordenanzas, aprobadas por el Real Decreto 96/2009, ofrecen el código de conducta y la norma ética de los militares españoles conforme a la Constitución y al ordenamiento jurídico. Esa arquitectura jurídica permite presentar al militar como servidor público de alta exigencia, inserto en el Estado de derecho, formado en la disciplina del deber y vinculado a una fuerza cuya legitimidad nace de la ley, se ordena por la responsabilidad y encuentra su dignidad más alta en el servicio.

La tradición clásica permite situar esta cuestión en el centro mismo de la formación moral, allí donde educar significa dar forma estable a una libertad capaz de sostenerse en el tiempo, de gobernar sus impulsos y de responder ante bienes que exceden la preferencia inmediata. Aristóteles, en *Ética a Nicómaco* (siglo IV a. C.), ofrece una clave especialmente fecunda al concebir la virtud como disposición adquirida por hábito, como *hexis* que va modelando el modo de sentir, deliberar y actuar hasta convertir la excelencia en segunda naturaleza. Leída desde esa perspectiva, la vida militar aparece como una pedagogía intensiva de la forma interior, porque transforma la puntualidad en respeto hacia los demás, la disciplina en gobierno de sí, el compañerismo en responsabilidad concreta por el otro y el liderazgo en una forma exigente de ejemplaridad, cuidado, mando legítimo y presencia responsable ante quienes dependen de una decisión.

En este sentido, esa intuición clásica encuentra una prolongación natural en la tradición republicana del deber. Cicerón, en *De officiis* (44 a. C.), sitúa el servicio entre las expresiones más altas de la vida pública, allí donde el individuo aprende a ordenar sus capacidades hacia una comunidad que lo precede y lo sostiene. Maquiavelo, en los enérgicos *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (1531), radicaliza la cuestión desde el problema de la libertad política, al comprender que una república preserva su energía cívica cuando sabe confiar su defensa a ciudadanos formados en el deber común. Con Rousseau, *Émile* (1762) desplaza la reflexión hacia el terreno pedagógico, porque la formación del ciudadano exige vínculos, pertenencia y obligación compartida, de modo que la educación desborda la instrucción privada y se convierte en preparación moral para la vida común.

La teoría contemporánea de las relaciones civiles y militares retomó esas intuiciones desde un horizonte institucional más complejo. Huntington, en *The*

Soldier and the State (1957), convirtió el militar profesional en objeto de una teoría general sobre la relación entre poder civil y función armada. Por su parte, Janowitz, en *The Professional Soldier* (1960), estudió al militar profesional como figura social inmersa en sociedades tecnológicas, burocráticas y crecientemente interdependientes. Leídas junto a la tradición clásica y republicana, estas obras permiten entender que el militar democrático constituye una figura moderna de responsabilidad especializada, cuya legitimidad depende precisamente de su inserción en el derecho, en el control civil y en una cultura pública capaz de comprenderlo.

Pensada desde ese horizonte de experiencia histórica y expectativa cívica, la defensa democrática desborda ampliamente el uso de la fuerza, porque implica una arquitectura moral en la que obediencia, mando y sacrificio adquieren sentido al permanecer vinculados a responsabilidad, medida y servicio. Walzer, en la influyente *Just and Unjust Wars* (1977), ayuda a pensar la acción armada desde sus restricciones éticas y jurídicas, mientras Arendt, en *On Violence* (1970), ofrece un vocabulario complementario para distinguir poder, violencia, autoridad y legitimidad política. Una educación democrática que incorpore estas perspectivas puede enseñar que la fuerza legítima se comprende desde su límite, desde la responsabilidad que justifica el mando y desde la medida que convierte la autoridad en servicio.

La literatura, con una lucidez que a menudo precede a la teoría, ha explorado las formas en que una educación exigente necesita honor, cuidado y finalidad moral para desplegar toda su grandeza. Vargas Llosa, en la áspera y decisiva *La ciudad y los perros* (1963), sitúa al lector en el Colegio Militar Leoncio Prado de Lima, donde la formación de un grupo de adolescentes se convierte en una indagación sobre jerarquía, pertenencia, virilidad, silencio, presión del grupo y búsqueda de reconocimiento. La obra interesa aquí porque ayuda a distinguir entre carácter y dureza, entre disciplina y miedo, entre honor y silencio impuesto. Precisamente por contraste, permite apreciar mejor la altura de una cultura militar basada en valores democráticos y fundada en la ley, la responsabilidad, el compañerismo y el servicio.

Con otra temperatura moral, Musil, en *Die Verwirrungen des Zöglings Törleß* (1906), convierte la escuela militar austrohúngara en un laboratorio de conciencia adolescente, secreto, autoridad y fascinación moralmente extraviada. Si Vargas Llosa muestra la presión del grupo en su dimensión social, Musil desciende hasta la zona más íntima de la conciencia, allí donde la inteligencia puede cultivar abstracciones sutiles y necesitar, al mismo tiempo, una educación moral que la vincule al dolor del otro. La transición entre ambas obras posee algo más que continuidad temática. Contiene una continuidad formativa. Una revela el grupo

como fuerza capaz de modelar la conducta. La otra revela la conciencia como territorio que necesita ley interior, cuidado y orientación.

Este itinerario literario vuelve más exigente la defensa de las aportaciones militares a la educación. Las grandes novelas sobre escuelas de disciplina enseñan que la autoridad alcanza nobleza cuando asume responsabilidad, que la pertenencia fortalece cuando respeta la conciencia individual y que la disciplina adquiere grandeza cuando se ordena al honor. La cultura castrense, precisamente por estar vinculada a la constitución, al derecho, al servicio y al autocontrol, puede ofrecer una educación de límites con respeto, jerarquía con deber, fortaleza con cuidado del vulnerable, lealtad abierta al juicio moral y serenidad preparada para servir.

El caso español permite desplazar la reflexión desde la institución militar hacia una pregunta más amplia sobre autoridad, escuela y libertad. Sopeña, en *El florido pensil* (1994), reconstruye con ironía y memoria la escuela nacionalcatólica, donde la autoridad ritualizada, la consigna patriótica y la memorización ideológica moldeaban la infancia bajo el peso del primer franquismo, sirva de ejemplo que el general Feliu, bachiller desde 1964 a 1971 como alumno de instituto público, no conoció nada parecido a una escuela nacionalcatólica. Su presencia en esta constelación resulta útil porque recuerda que toda autoridad educativa necesita despertar inteligencia, juicio y dignidad interior. Frente a esa pedagogía cerrada, Rivas, en la delicada *La lengua de las mariposas* (1996), ofrece una imagen luminosa de la enseñanza como apertura del mundo, cuando don Gregorio inicia a Moncho en la naturaleza, la palabra, la curiosidad y la libertad interior, hasta que la violencia histórica fractura aquel espacio de confianza. La relación entre esas dos obras permite formular con mayor precisión la tesis del artículo. Una educación digna de tal nombre necesita autoridad y apertura, exigencia y cuidado, memoria y futuro, carácter y sensibilidad. La tradición militar democrática puede aportar a esa síntesis una dimensión que la escuela civil necesita con urgencia, el aprendizaje de la firmeza con apertura, de la disciplina con respeto, del deber con libertad interior y del servicio como forma de plenitud personal. Don Gregorio y el mejor *ethos* militar se encuentran, paradójicamente, en una misma aspiración formativa, porque ambos desean sacar al individuo de la pasividad, del miedo y de la confusión para llevarlo hacia una presencia más consciente en el mundo.

Incluso una obra menos canónica como la inquietante *Father Sky* (1979), de Freeman, conocida sobre todo por su adaptación cinematográfica en Becker, *Taps* (1981), puede iluminar un aspecto delicado de esta discusión. La historia de unos cadetes que reaccionan con intensidad ante la amenaza de cierre de su academia permite pensar la lealtad como virtud necesitada de prudencia, legalidad y sentido de proporción. La lealtad, una de las palabras más nobles del vocabulario militar,

educa cuando se ordena al bien común y se abre al juicio. Esa distinción vuelve a reforzar la tesis central, porque la tradición militar ofrece virtudes poderosas precisamente porque exige una arquitectura moral capaz de orientarlas.

Leídas en conjunto, y sin rigidez, estas obras funcionan como una sucesión de espejos que precisan el argumento. Vargas Llosa muestra la necesidad de honor en la disciplina, Musil la necesidad de conciencia en la inteligencia, Sopeña la necesidad de juicio en la autoridad escolar, Rivas la libertad pedagógica como apertura del mundo y Freeman la lealtad cuando necesita medida. Todas ayudan a ver con más claridad lo que la cultura militar democrática puede aportar a la educación, una pedagogía de la fiabilidad, del límite, del servicio y de la serenidad, capaz de formar individuos que aprendan a sostenerse y a sostener a otros cuando la vida exige algo más que opinión.

Dimensión ejemplar del militar como pedagogía

La dimensión ejemplar de la acción militar posee una genealogía cultural muy antigua. La tradición medieval llamó *exemplum* a una forma breve de narración destinada a iluminar una enseñanza moral mediante una conducta memorable, heredera a su vez del ejemplo bíblico, de la hagiografía, de los relatos de los Padres, de las vidas edificantes y de las colecciones didácticas que ofrecían al oyente una virtud encarnada antes que una definición abstracta. En esa economía simbólica, el bien se hacía visible a través de una escena, la doctrina adquiría cuerpo narrativo y la comunidad aprendía contemplando una acción digna de imitación. El *exemplum* predicable, tan frecuente en sermones, tratados morales y obras de instrucción, permitía fijar en la memoria aquello que el concepto, dejado a su sola desnudez, apenas habría logrado sostener. La virtud necesitaba rostro, gesto, riesgo, obediencia interior, misión.

A la luz de esa tradición, muchas misiones militares de auxilio pueden entenderse como *exempla* cívicos, en la medida en que actualizan, desde una clave constitucional y contemporánea, aquella antigua pedagogía de la conducta visible. Un helicóptero que evacúa a personas atrapadas, una unidad que atraviesa una zona inundada, un hospital militar que acoge a enfermos, un convoy que organiza suministros, una cadena de mando que introduce serenidad en el caos y un soldado que socorre a alguien cuyo nombre ignora componen imágenes de una fuerza didáctica inmediata. En ellas, la misión de servicio adquiere la densidad de una empresa existencial, pues el individuo sale de la clausura de sí para responder a una llamada que lo precede y lo supera. También resuena ahí, con sobriedad antigua, la raíz de la patria, vinculada al universo latino de *pater, patris*, al padre, a

la casa recibida, a la filiación simbólica, a una comunidad de memoria y deber que reclama custodia.

Desde esa perspectiva, la escuela habla con frecuencia de solidaridad, resiliencia y ciudadanía, mientras la misión militar permite contemplarlas organizadas, entrenadas y convertidas en servicio efectivo. Esa diferencia posee una enorme relevancia pedagógica, porque la educación necesita conceptos y también figuras memorables, escenas capaces de mostrar a los jóvenes cómo una virtud abandona el territorio de la palabra para hacerse conducta, cómo el deber se vuelve gesto, cómo la pertenencia se transforma en cuidado y cómo la libertad alcanza una forma más alta cuando acepta servir a una comunidad concreta.

La contribución educativa de los militares alcanza su mayor hondura cuando se comprende como una formación del carácter para la vida entera. Las virtudes que la tradición castrense cultiva mediante preparación, disciplina, cooperación, revisión de errores, sentido del deber, de la misión y responsabilidad compartida desbordan el ámbito profesional del uniforme y pasan a formar parte de una gramática general de la madurez. Allí donde la existencia exige actuar bajo presión, sostener una decisión difícil, cuidar de otros, resistir la improvisación, ordenar recursos escasos o preservar la lucidez en medio del temor, reaparece el valor de esa arquitectura interior hecha de anticipación, dominio de sí, confianza en el procedimiento, atención al detalle y disponibilidad hacia quienes dependen de nuestra respuesta. La educación, que tantas veces formula esas virtudes como ideales deseables, puede encontrar en la experiencia militar una escuela concreta de incorporación práctica, porque allí el carácter se prueba, se corrige, se entrena y se convierte en presencia fiable.

La serenidad ante el límite, lejos de pertenecer solo al combate o a la emergencia, constituye una virtud cardinal para cualquier vida sometida a prueba. También la vida ordinaria conoce sus fronteras decisivas, aunque adopten la forma discreta de un diagnóstico grave, una pérdida familiar, una crisis económica, una responsabilidad profesional sobre terceros, una decisión jurídica o una presión pública capaz de turbar el juicio. En esos momentos, la persona necesita una forma interior que le permita permanecer sin endurecerse, decidir sin precipitarse, sentir sin quedar arrastrada por el miedo y servir sin buscar protagonismo. La tradición militar entrena esa disposición con una concentración que pocas instituciones civiles conservan, y por ello su valor educativo reside en enseñar que el carácter se revela precisamente cuando la realidad exige presencia, medida y servicio.

Esa formación se conecta de manera natural con el aprendizaje permanente, entendido en un sentido mucho más profundo que la simple actualización profesional, el reciclaje de competencias o la adaptación a mercados cambiantes.

La cultura militar basada en valores de la sociedad

La cultura militar permite devolver al *lifelong learning* una hondura moral, porque aprender durante toda la vida significa mantener viva la plasticidad del carácter, aceptar correcciones, revisar errores, entrenar la atención, mejorar el juicio, adaptarse a tecnologías nuevas, asumir responsabilidades crecientes y convertir cada destino, cada misión y cada cambio de función en ocasión de crecimiento. Los militares ofrecen un ejemplo especialmente claro de esa disponibilidad formativa, ya que su trayectoria suele articularse mediante conversiones sucesivas, especializaciones técnicas, ascensos, nuevos mandos, traslados de unidad, períodos de enseñanza, etapas de estudio, destinos distintos, responsabilidades imprevistas y retornos constantes a la disciplina del aprendizaje. Recuerdo, a este respecto, las palabras de un sabio capitán de fragata de la Armada Española con ocasión de la defensa de una extraordinaria tesis doctoral del coronel del Ejército del Aire y del Espacio José Carlos Presa Díaz, celebrada en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, a la que tuve el placer y el honor de asistir como miembro del tribunal. Aquella investigación, titulada *Estrategias derivadas de la teoría de juegos en un héroe literario castellano. Exégesis estratégica en la acción, el efecto y la emoción en la toma de armas del héroe. Obtención de la jerarquía de pagos en la primera parte de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, mostraba hasta qué punto la mirada militar puede dialogar con la literatura, la estrategia, la teoría de juegos, la emoción, la decisión y la arquitectura profunda de la acción humana. Cuando le comenté a aquel capitán de fragata que yo estaba trabajando en mi segunda tesis doctoral, me respondió que también la vida militar tenía mucho de eso, porque un día se era profesor, otro día estudiante, otro día mando, otro día aprendiz ante una tecnología nueva o ante una responsabilidad distinta, y en esa alternancia incesante se iba creciendo profesional y personalmente. La instrucción inicial conduce así a la especialización, al mando, a la simulación, a la evaluación, a la revisión posterior a la acción, las lecciones aprendidas y al aprendizaje colectivo, en una secuencia donde la humildad ante el error, la voluntad de perfeccionamiento y la disposición a seguir aprendiendo forman parte de la responsabilidad misma. Lejos de concebir la formación como una etapa clausurada, la tradición militar la convierte en una forma de vida, en una pedagogía continua del temple, de la competencia y del servicio.

La desinformación vuelve más urgente esa educación del carácter, porque el ecosistema informativo contemporáneo exige algo más que competencia técnica para manejar fuentes, pantallas y datos. El marco de alfabetización mediática e informacional promovido por la UNESCO presenta estas capacidades como esenciales para afrontar los desafíos del siglo XXI, entre ellos la circulación de información falsa o tergiversada, el discurso de odio, la erosión de la confianza en los medios y las innovaciones digitales asociadas a la inteligencia artificial. La cultura militar, trasladada del terreno operativo al terreno cognitivo, puede contribuir a formar una serenidad epistémica especialmente valiosa en este contexto, hecha de atención disciplinada, verificación paciente, prudencia antes de actuar, respeto por la cadena de confianza, conciencia de consecuencias y capacidad para distinguir la señal del ruido. Quien ha aprendido a resistir el primer estímulo, a contrastar antes de difundir, a medir el impacto de una decisión y a mantener el juicio cuando el entorno premia la reacción inmediata posee una ventaja moral en una sociedad donde la mentira circula con velocidad, la indignación se recompensa algorítmicamente y la atención se ve constantemente solicitada por impulsos diseñados para desordenarla. También aquí la enseñanza militar adquiere un valor educativo profundo, porque muestra que la libertad de juicio requiere disciplina interior, que la información necesita responsabilidad y que la verdad pública se protege mediante hábitos de templanza, método y servicio.

El ámbito holístico de la defensa

Las amenazas híbridas, en el sentido de utilizar simultáneamente sistemas de combate convencionales y medios no convencionales ni militares, han ampliado aún más el significado educativo de la defensa para saber interpretarlas. La Comisión Europea, al abordar la resiliencia frente a amenazas híbridas, subraya la necesidad de un enfoque de toda la sociedad, con comunidades y niveles de gobierno implicados ante desafíos complejos dirigidos contra sociedades democráticas. Este punto transforma el debate educativo. La defensa incluye escuelas, familias, hospitales, universidades, empresas, administraciones locales, medios de comunicación, plataformas digitales y ciudadanía, y lo incluye porque es garantía de prosperidad, progreso y bienestar. Los militares pueden enseñar a comprender esa arquitectura de resiliencia común, donde cada actor aprende a ocupar un puesto, coordinarse con otros, proteger información, sostener confianza y actuar con sobriedad cuando aumenta la presión.

La experiencia finlandesa ofrece un modelo comparado particularmente fértil. Finlandia, mediante su estrategia de seguridad integral, entiende la protección de las funciones vitales de la sociedad como una colaboración entre autoridades,

comunidad empresarial, organizaciones y ciudadanos. Desde este punto de vista, la seguridad deja de ser monopolio semántico de lo militar y se convierte en una cultura compartida de preparación. España podría aprender mucho de esa visión, traducida a su propia historia constitucional y territorial. La educación ganaría formando al alumno como ciudadano preparado, fiable, atento al riesgo, consciente del bien común y capaz de cooperar con instituciones diversas.

La Unidad Militar de Emergencias (UME) expresa con especial nitidez esa pedagogía pública de servicio en las misiones complementarias de las Fuerzas Armadas como son el apoyo en caso de catástrofes naturales o provocadas por el hombre. Su misión de intervenir, dentro y fuera del territorio nacional, para contribuir a la seguridad y al bienestar de los ciudadanos ante situaciones de grave riesgo, catástrofe, calamidad u otras necesidades públicas convierte cada actuación en una lección cívica de enorme fuerza formativa. La Unidad es la punta de lanza especializada de las Fuerzas Armadas que complementa sus capacidades allí donde la Unidad no llega. La UME muestra algo que ningún manual de ciudadanía debería dejar en el terreno de la abstracción, porque la solidaridad requiere logística, el cuidado necesita entrenamiento, la ayuda eficaz exige coordinación, medios, jerarquía funcional, presencia física y serenidad bajo presión. A través de sus intervenciones, muchos ciudadanos contemplan de manera inmediata la dimensión protectora, sobria, técnica y profundamente civil de la vocación militar, que aparece entonces como una forma organizada de auxilio, una disciplina puesta al servicio de la vida común y una disponibilidad permanente ante la vulnerabilidad ajena. En definitiva, muestra fiabilidad y confianza.

La actualidad ha ofrecido, en ese mismo horizonte, una escena de alto valor ejemplar. El caso del crucero *MV Hondius*, afectado por un brote de hantavirus durante una travesía por el Atlántico Sur, mostró hasta qué punto una crisis sanitaria internacional reclama precisamente aquellas virtudes que la cultura militar cultiva con especial intensidad. España aceptó recibir el barco en Canarias tras la solicitud de la OMS y tras la constatación de que Cabo Verde no disponía, al parecer, de lo necesario para una evacuación segura, al tiempo que se preparaba un dispositivo sanitario y logístico destinado a evaluar a los pasajeros en Tenerife, facilitar la evacuación de los extranjeros a sus países y trasladar a los catorce españoles en avión militar a Madrid para su seguimiento en el Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla. Una operación de esa naturaleza, que afecta además de a unidades de las Fuerzas Armadas, a las de Fuerzas y Cuerpos de la Seguridad del Estado, destacando la UME, a operarios de autoridad portuaria y aeropuertos, Sanidad, entre otros, permite ver con nitidez aquello que este artículo intenta defender, porque el militar aparece como servidor público capaz de actuar cuando otros necesitan auxilio, cuando una comunidad internacional requiere que alguien

coordine y dirija, cuando el miedo social debe ser contenido mediante procedimiento y cuando la vida común exige una alianza precisa entre competencia técnica, prudencia sanitaria, logística rigurosa y humanidad organizada. En esa escena, la defensa se revela como cuidado efectivo, la disciplina como protección concreta, la cadena de mando como garantía de orden sereno y el servicio a la patria como disponibilidad hacia personas reales que deben ser socorridas en un momento de vulnerabilidad.

El sistema educativo español y la formación del ciudadano

El sistema educativo español ha comenzado a reconocer esa necesidad por una vía institucional propia. El plan de formación ante emergencias de protección civil en centros educativos no universitarios configura esa formación como actuación obligatoria en centros públicos y privados. Ese plan confirma que la ciudadanía del siglo XXI necesita una alfabetización operativa, orientada a actuar, cooperar, mantener la calma, proteger al vulnerable y comprender la cadena institucional de respuesta. Los militares, junto con bomberos, sanitarios, policías, guardia civil, protección civil, docentes, juristas, psicólogos y organizaciones humanitarias, pueden enriquecer esa formación con experiencia real en organización, mando responsable y respuesta ante escenarios críticos.

Con todo, la historia permite añadir otra capa de profundidad. Las instituciones militares han sido, en numerosos momentos, particularmente en su origen, escuelas técnicas del Estado. Academias de artillería, ingeniería, cartografía, navegación, sanidad, logística y organización territorial contribuyeron a formar saberes aplicados mucho antes de que el lenguaje contemporáneo popularizara la retórica de las competencias STEM. La *Morrill Act*, aprobada en Estados Unidos en 1862, impulsó un proyecto de educación superior práctica centrado en agricultura y artes mecánicas, dentro de una concepción donde el saber aplicado, la técnica y la formación pública aparecían vinculados. Esa genealogía desmonta la imagen pobre del militar como simple portador de armas y permite verlo también como agente de ciencia aplicada, gestión compleja, organización pública y formación técnica.

Reforzar los vínculos civiles con los militares constituye, por ello, una tarea democrática de primer orden, ya que la distancia prolongada entre sociedad y Fuerzas Armadas tiende a producir imágenes empobrecidas en ambos sentidos, convirtiendo al militar, para una parte de la ciudadanía, en abstracción institucional, sospecha heredada o decorado ceremonial, mientras priva a la propia institución castrense de ocasiones valiosas para mostrar, en contacto directo con la vida civil,

su cultura de servicio, su preparación técnica, su disciplina moral y su dimensión profundamente cívica. La educación puede actuar ahí como espacio de encuentro, mediación y reconocimiento, mediante ferias educativas, universidades, institutos, programas de emergencias, seminarios de derecho humanitario, ejercicios de protección civil, jornadas sobre desinformación y proyectos de servicio comunitario donde el contacto regulado, transparente y exigente permita sustituir la caricatura por conocimiento, la distancia por confianza y el prejuicio por una comprensión más madura de la función militar en una democracia constitucional. Pero lo más importante, hacer comprender que la seguridad y la defensa son un bien público a proteger como los otros bienes públicos esenciales y que de su preparación depende el bienestar, el progreso y el desarrollo de las naciones.

Ese vínculo civil militar enseña, además, que la defensa de una sociedad libre pertenece a la comunidad política entera, aunque los militares ejerzan en ella una función especializada, intensa y sometida a reglas estrictas. La ciudadanía necesita conocer esa función, respetar su exigencia, comprender su disciplina y aprender de sus virtudes transferibles, del mismo modo que las Fuerzas Armadas ganan arraigo social cuando su servicio se hace visible en espacios educativos, culturales y cívicos. Tal reciprocidad fortalece a ambas partes, porque los civiles adquieren una conciencia más precisa del deber común, los militares encuentran un reconocimiento social más profundo, y la democracia entera se beneficia de una defensa mejor comprendida, de una paz más consciente de sus condiciones y de una pedagogía pública donde el servicio deja de aparecer como palabra abstracta para convertirse en vínculo compartido. También en términos psíquicos y culturales, ese acercamiento recompone algo que el mundo líquido erosiona con especial intensidad, la experiencia de pertenecer a una comunidad capaz de sostener al sujeto más allá de su intemperie individual.

El impacto de la suspensión del servicio militar

España suspendió la prestación del servicio militar obligatorio en 2001. Aquella etapa pertenece ya a otra España, con códigos sociales, expectativas generacionales y formas de relación institucional distintas, aunque su clausura dejó abierta una pregunta que una sociedad crecientemente individualizada suele aplazar con demasiada facilidad: ¿Dónde aprende hoy una generación que la libertad exige deberes compartidos? ¿Qué institución enseña, de manera práctica y no meramente declarativa, que la ciudadanía consiste también en prepararse para sostener a otros cuando lo común se tambalea? El artículo del general Feliu ayuda a formular esta cuestión con realismo, al mostrar que el debate europeo sobre el servicio militar se halla atravesado por exigencias de cohesión, confianza,

capacidades tecnológicas, recursos materiales e infraestructuras que una sociedad responsable ha de pensar con plena conciencia estratégica.

La respuesta más fecunda apunta hacia una alfabetización defensiva democrática y, quizá, hacia alguna forma de servicio cívico de resiliencia, concebido como experiencia formativa capaz de articular protección civil, emergencias climáticas, primeros auxilios, alfabetización digital, ciberseguridad básica, logística humanitaria, apoyo a personas vulnerables, conservación ambiental, cooperación local, cultura de paz, derecho internacional humanitario y formación elemental en defensa para quienes deseen recorrer esa vía. La antigua prestación militar conducía a muchos jóvenes al cuartel. Una fórmula cívica contemporánea podría conducir a toda una generación hacia la experiencia de proteger lo común, de comprender que la paz requiere preparación, de advertir que la solidaridad necesita método y de asumir que la ciudadanía madura cuando aprende a cuidar aquello que comparte.

También la dimensión social reclama una formulación generosa, acorde con la realidad de unas Fuerzas Armadas del siglo XXI que deben mostrarse ante todos los jóvenes como institución de servicio, conocimiento, mérito, esfuerzo, responsabilidad y excelencia profesional. La presencia militar en espacios educativos puede contribuir a ensanchar imaginarios, a presentar itinerarios técnicos y humanos de gran exigencia, a visibilizar mujeres oficiales, médicas militares, ingenieras, pilotos, mandos, especialistas en logística, ciberseguridad y emergencias, y a mostrar que la defensa democrática pertenece a una ética igualitaria de protección compartida, donde el mérito, la preparación y la vocación de servicio pesan más que cualquier representación heredada.

Imaginemos un instituto en el que, durante una semana, los alumnos aprendieran primeros auxilios con sanitarios, evacuación con protección civil, prevención de incendios con bomberos, análisis de desinformación con expertos digitales, derecho humanitario con juristas, memoria de la guerra con historiadores, cultura de paz con organizaciones civiles, seguridad y defensa internacional y nacional con militares y apoyo en catástrofes con miembros de la UME. Esa escena formaría ciudadanos preparados, jóvenes capaces de actuar con serenidad, juicio y cooperación, al tiempo que enseñaría algo que la educación cívica necesita recuperar con urgencia, que la vida común exige competencia práctica, orientación moral, coordinación bajo presión y cuidado organizado.

Qué ofrecen los militares a la educación

La desafortunada frase de Ada Colau sobre la conveniencia de separar espacios, civiles y militares, puede invertirse con provecho. La educación democrática gana cuando pone en relación ámbitos que la comodidad ideológica mantiene aislados, paz y defensa, derechos y deberes, crítica y servicio, memoria histórica y preparación futura, libertad individual y responsabilidad común, universidad y Fuerzas Armadas, aula y emergencia. Cuando esas relaciones se piensan con rigor, emerge una pedagogía cívica más adulta, capaz de comprender que la defensa de una sociedad libre forma parte de la cultura democrática y que la paz se vuelve más sólida cuando conoce las condiciones humanas, técnicas y morales que la sostienen.

Contemplados desde su mejor tradición, los militares españoles ofrecen a la educación una reserva de virtudes públicas que sería absurdo despreciar. La disciplina entendida como libertad interior y compromiso personal, el liderazgo concebido como ejemplaridad y responsabilidad, la obediencia vivida como lealtad al derecho, el sacrificio asumido como forma sobria de entrega, la preparación comprendida como respeto a la vida, el espíritu de cuerpo convertido en cuidado del compañero, el servicio elevado a arquitectura moral de la ciudadanía y el aprendizaje permanente entendido como mejora continua del juicio, del cuerpo, de la técnica y del carácter componen una gramática formativa de enorme valor. También ofrecen una clínica social del vínculo, porque enseñan que nadie madura en la pura intemperie de sí mismo, ya que se madura dentro de formas, límites, ritos, lealtades y misiones que permiten transformar la energía individual en servicio.

En un mundo líquido, atravesado por desinformación, ansiedad, fragmentación, desorientación, desconfianza, vínculos precarios y pérdida de confianza institucional, esas virtudes adquieren una actualidad que la educación española debería reconocer con gratitud y lucidez. Una sociedad que acerca a sus jóvenes a la mejor cultura militar democrática les permite comprender con mayor profundidad las condiciones humanas, jurídicas y morales que sostienen la paz y la seguridad internacional. Allí donde algunos ven solo uniforme, puede aparecer una pedagogía del carácter. Allí donde algunos leen únicamente disciplina, puede revelarse una escuela de libertad interior. Allí donde algunos sospechan de la fuerza, puede enseñarse precisamente su límite jurídico y moral. La libertad común necesita carácter, preparación y vínculos capaces de mantenerse firmes cuando llega la prueba. Esa es la aportación más alta de los militares a la educación, enseñar que servir también es una forma de aprender a ser libre. ■

Bibliografía

- Arendt, *On Violence* (1970)
- Aristóteles, *Ética a Nicómaco* (siglo IV a. C.)
- Bauman, *Liquid Modernity* (2000)
- Bion, *Experiences in Groups* (1961)
- Cicerón, *De officiis* (44 a. C.)
- Feliu Bernárdez, *El Servicio Militar en España y en Europa en 2026*, publicado en el *Boletín de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares* de mayo de 2026
- Freeman, *Father Sky* (1979)
- Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921)
- Huntington, *The Soldier and the State* (1957)
- Janowitz, *The Professional Soldier* (1960)
- Kaës, *Le groupe et le sujet du groupe* (1993)
- Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (1531)
- Musil, *Die Verwirrungen des Zöglings Törleß* (1906)
- Peña Ángel, *Actualidad Económica* el artículo de *El soldado le aporta a la empresa privada más valor del que se le supone*, publicado el 2 de mayo de 2026
- Presa Díaz, *Estrategias derivadas de la teoría de juegos en un héroe literario castellano. Exégesis estratégica en la acción, el efecto y la emoción en la toma de armas del héroe. Obtención de la jerarquía de pagos en la primera parte de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Universidad de las Palmas (2008)
- Rivas, *La lengua de las mariposas* (1996)
- Rousseau, *Émile* (1762)
- Sopeña, *El florido pensil* (1994)
- Vanzina, Carlo, *Vacanze in America* (1984),
- Vargas Llosa, *La ciudad y los perros* (1963)
- Walzer, *Just and Unjust Wars* (1977)
- Winnicott, *The Maturation Processes and the Facilitating Environment* (1965)